

Los Contemporáneos



Núm. 708.

20 Cts.

LA PRUEBA

NOVELA

POR

CARMEN DE BURGOS

"COLOMBINE"



“¡Ay, bendito San Antonio!
Tú, que conoces mi afán,
haz que me salga un galán...”

Esto siempre, con encomio,
las mozas pidiendo están;
mas San Antonio es un santo
que sólo da esa ventura
a la que tiene hermosura,
y la que quiera este encanto
ha de usar la PECA CURA.

**Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50;
Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia,
3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.
Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20
pesetas, según frasco.**

**ULTIMAS CREACIONES
PRODUCTOS SERIE “IDEAL”**

*Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Ad-
mirable, Manantial, Chipre, Rocío Flor, Rosa,
Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jazmín.*
Jabón, 3; Polvos, 4, Loción, 4,50, 6,50 y 20
pesetas, según frasco. Esencia para el pañue-
lo, 18 pesetas, frasco en estuche.
Cortés Hermanos.—(Sarría). Barcelona

Los Contemporáneos

REVISTA SEMANAL

Publica intere-
santísimas come-
dias y novelas,
escritas por los
mejores autores.

NÚMERO SUELTO
20 céntimos.

Obras últimamente

:-: publicadas :-:

DE

AUGUSTO MARTINEZ
— **OLMEDILLA** —

RESURGIMIENTO, novela, 3,50 pts.
TENTRO DE MARIONETAS, 3,50 pts.
EL MAL MENOR, novela, 4 pts.
**PRIMER AMOR, PRIMER DES-
ENGAÑO, novela, 4 pts.**

De venta en las prin-
cipales librerías.

DIRECTOR: AGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

LA PRUEBA

Se bajó de un salto del vagón sin esperar que Fernando le diera la mano.

—¡Qué alegría tiene esta estación! Toda la gente que pasa ha de sentir, seguramente, ganas de detenerse y de quedarse aquí. Tiene tantas flores que parece un jardín.

La gente les empujaba, arrastrándolos en la cola que formaban para salir del andén, apretujándose y pugnando por pasar unos delante de otros con el afán de ser todos los primeros.

Para no perderse entre aquel bullicio de gente alegre, que iba a pasar en Aranjuez la fiesta de San Fernando, Leonor y Fernando tuvieron que cogerse del brazo.

Iban envueltos en el tumulto de la gente bullanguera, que salía de sus ca-

sañas con ganas de divertirse, de gozar, pero con una alegría ruidosa. Una alegría de plaza de toros. Sin gritar, sin barullo, sin alarde, no se divertían.

Gritaban, saltaban, decían chistes, entonaban canciones, con una exuberancia de alegría de vida, de deseo de expansión.

Delante de ellos se abría la gran plaza, con las magníficas avenidas de altos árboles, que servían de pórtico al Real Sitio, revistiéndolo de una verdadera realeza.

Cuando se encontraron separados de la multitud, se miraron con cierto embarazo, como si se avergonzaran de encontrarse demasiado solos.

—Tú conocerás esto—dijo él—puesto que te has educado en el Colegio de huérfanas.

—Sí, conozco el camino de la estación al colegio, porque fui dos años a Toledo a examinarme de maestra, pero nada más.

—¿No salías nunca a pasear, ni a ver los palacios?

—No. Paseábamos en los Jardines. El colegio es un palacio y no se pasaba mal. Eran buenas las monjitas, sobre todo Sor Pilar.:

—Pero os aburriríais.

—Eso sí... Se aburría una porque ¿qué se yo? Se aburre una siempre cuando no está en su casa. Por eso estudiábamos muchas, por tener el pretexto de los viajes de exámenes.

Despierta la memoria de aquel buen tiempo infantil la joven habló con locuacidad explicándole su vida de colegiala, las travesuras de las compañeras, las preocupaciones de los estudios. Con su charla olvidaban ambos lo anómalo de su situación encontrándose allí los dos solos para pasar el día juntos sin ser siquiera verdaderamente novios.

Leonor, huérfana de padre y madre, se había educado en el Colegio de Aranjuez, gracias a ser hija de militar. Desde que salió de allí vivía en compañía de su tía Rita y de su tío Eduardo dos solterones hermanos de su madre, que a pesar de sus modestos recursos habían tenido la heroicidad de encargarse de criar y educar como hijos suyos a ella y a sus dos hermanos.

Era el tío Eduardo el que trabajaba para todos sin descanso, por la mañana en su oficina del ministerio de Fomento y por la tarde en una oficina particular, sin descansar más que

de noche, cuando acababa las copias y los trabajos que se traía a casa para acabar la velada.

La tía Rita administraba el escaso dinero que el hermano le daba, con una inflexibilidad verdaderamente militar. Hacía el presupuesto y no pasaba ni cinco céntimos de lo que se había de gastar al día, aunque para ello tuviera que imponer las mayores privaciones.

No podía ser más que aquello y para lo que faltase faltase.

—Nadie puede extender el pie más allá de donde alcanza la manta—solía decir cuando le reprochaban su prudencia excesiva.

El tío siempre cansado, uraño y de mal humor, miraba a los sobrinos como un castigo, una cruz impuesta por la providencia, que no se atrevía a dejar caer, pero que le pesaba y lo oprimía. Siempre regañando, refunfuñando, poniendo trabas a las expansiones juveniles; los chicos, ingratamente, huían de él y de la tía, que las obligaba a trabajar y les escatimaba la comida.

El hermano mayor se había libertado yendo a cumplir su servicio militar. La más pequeña ocupaba la plaza que Leonor dejó vacante en Aranjuez, y ella estaba en un taller de costura, de ropa blanca, para ganar un par de pesetas desde la mañana a la noche.

Fuera del trabajo que le costaba levantarse temprano, ella prefería la vida del taller a la de la casa, al lado de la tía, que no cesaba de hablar en todo el día, preocupada en mil cosas fútiles y sin importancia. Lo que habían hablado en la tienda, lo que le su-

cedía a la vecindad y cosas por el estilo.

En el taller hablaba con compañeras que iban al teatro y le contaban los argumentos. A veces se escapaba para ir al cine y de paseo con ellas. Aunque le daba a la tía casi todo lo que ganaba, sin lograr por eso que el café blanquease más ni que el panecillo fuese mayor, encontraba medio de ahorrar unas pesetas y trabajando de noche se hacía con ellas blusitas, faldas, bolsillos, y hasta a veces, cuando velaba, podía ahorrar para comprarse unas medias de seda y unos zapatitos de tacón alto.

Tenía su caja de polvos perfumados, su agua de Colonia, y con eso una pastilla de jabón de a peseta, una cajita de coldcream y unos polvos para darse brillo en las uñas se creía poseer los mayores refinamientos de tocador, sin envidiar nada. Tanto más cuanto tenía escondidos, recatándolos de la tía, un poco de colorete para la cara y los labios y un corcho quemado para acentuar un poco los ojos, con la hipocresía de que no se conociera, pues ella no podía afrontar la valentía de la pintura, que no disimula que lo es y se emplea como un adorno cualquiera.

Olvidada de los modales del colegio y del recato monjil de la educanda, había adquirido el alegre y gracioso descoco de la modistilla madrileña. Sin ser una preciosidad hacía volver a todos los hombres la cabeza en la calle, y siempre iba cortejada por una multitud de pretendientes.

De mediana estatura, delgadita, bien formada, tenía la gracia del an-

dar, sobre sus tacones altos, como si siempre fuese cruzando una corriente de agua, con saltitos de una piedra a otra. Una gracia de movimientos, de actitud, de gestos y de expresión cautivantes.

Llevaba la abundante cabellera color castaño admirablemente peinada, tenía el cutis fresco, blanco y rosado, los ojos grandes, tranquilos y dulces, y la boquita pequeña, carnosa, de un gracioso reír. La naricilla abierta, un poco respingada le daba cierto aire de malicia y de burlona picardía.

Tenía la belleza de la juventud, de la frescura, risueña, poco sólida, pero atrayente y cautivadora. Era bonita de conjunto con lo que vulgarmente se llama ángel, y Leonor tenía una gana loca de tener un novio. Pero entre todos los galanteadores no le había gustado uno lo bastante para tener un novio. Se había formado una idea tan romántica de lo que debía ser su novio que nadie la satisfacía. Las compañeras se reían de los desplantes graciosos y atrevidos que solía tener con los que la seguían. Se consideraba ofendida de que la siguiesen, de que aquellos hombres de la calle la creyeran a su alcance.

Fué una cosa rara lo que le sucedió con Fernando. Verdad era que no era menos extraño lo que le pasaba a él. Era un muchacho bueno, serio, sentimental, que participaba de tarde en tarde de las calaveradas de sus amigos. Empleado de Hacienda, partía la vida entre sus trabajos, sus lecturas y el cuidado de la madre viuda, anciana, que lo adoraba, admirando las buenas costumbres de su hijo.

Él se reía de los *encerradores*, que le contaban cuantas muchachas bonitas habían seguido en el día, hasta dejarlas en su casa; pero seguía a Leonor cada vez que la encontraba en la calle y los encuentros eran frecuentes, porque salía a la misma hora él de su oficina y ella de su taller, y llevaban el mismo camino.

La seguía sin saber por qué, sin intención de decirle nada. Atraído y encantado por aquel andar rítmico, aquel ademán gracioso, y la exuberancia de frescura y juventud que se escapaba de ella.

Leonor no había reparado bien en él las primeras veces. Luego ya lo conocía. Se ponía contenta los días que se encontraban y llegaba a echarlo de menos cuando pasaba tiempo sin verlo.

Le interesaba la cortesía con que la seguía el joven, sin molestarla ni decirle nada, sin proponerse ningún galanteo, expresando sólo en su actitud una gran admiración por su hermosura.

La llegó a preocupar *el de las pati-*

llas. Porque Fernando llevaba dos patillitas discretas y atrevidas a los lados del rostro, un poco ancho, de color sano, y expresión franca y noble.

Se acordaba de él con frecuencia, deseando volverlo a ver.

—Es demasiado tímido—se decía—desesperadamente tímido. Me gustaría que me hablase, que me dijese algo. Es simpático y podíamos ser buenos amigos.

Pero Fernando no se lanzaba. No tenía el propósito de cortejarla. A veces por no verla, se iba por otro camino más largo. Lo que le sucedía era algo extraño. No pensaba en ella ni le preocupaba, pero en viéndola la seguía, por un impulso que no podía dominar la seguía respetuoso, sin pararse en los escaparates, sin hablarle, sin molestarla.

Fué Leonor la que empezó a hacer cosas para buscar una aproximación. Era ella la que se paraba para que él pasase delante o la que apretaba el paso para caminar cerca de él, sin lograr que el joven perdiese ni una línea de su ecuanimidad.

II

Le interesaba cada vez más la reserva de Fernando. ¿Cómo hacer para obligarlo a salir de ella? No se le ocurría. A veces pensaba en fingir un

tropezón y caerse, pero la figura del que se cae es siempre cómica y suscita la risa de los que lo ven. Dejar caer el pañuelo o el abanico era un

recurso demasiado gastado, demasiado visible y conocido.

Al fin la casualidad de sugirió la idea, ante una de esas pobres, sucias y harapientas que parecen alquilar chicos para pedir limosna, según llevan pequeñuelos: dos en los brazos y tres agarrados a la falda. Abrió su pequeño bolsillito de piel, para darle cinco céntimos y dejó caer otros cinco, que sonaron desesperadamente, rebobando sobre las losas. Mientras la pobre se alejaba, mascullando una retahíla mecánica de palabras agradecidas ella buscaba ansiosa enrededor suyo, como si temiese haber perdido una moneda importante.

Fernando se aproximó y en el momento que ella iba a amagarse para cogerlos se adelantó y le ofreció los cinco céntimos.

Satisfecha y turbada, Leonor no sabía qué decir. Se puso roja. Era el momento de trabar la conversación deseada y, sin embargo, no se le ocurrió decirle nada más que "Gracias", de un modo que no brindaba a ligar conversación. Pero lo que ella no dijo, lo hablaron sus ojos húmedos, sus mejillas encendidas, de tal modo que él, viéndola tan hermosa, con la animación y la vida que su emoción prestaba, sintió el deseo de no alejarse.

—No hay de qué, señorita. Soy yo el que debe darlas a la suerte que me proporciona el placer de servirle.

Leonor quería decir algo, pero seguía la misma ausencia de ideas. Él se dió cuenta de su esfuerzo y añadió:

—No somos unos desconocidos ya, ¿verdad, señorita? Llevamos con frecuencia el mismo camino.

Ella respondió una vulgaridad hipocrita:

—No había reparado.

El sólo se dió cuenta de la armonía fresca de la voz, sin prestar gran atención a las palabras. Las muchachas bonitas tienen derecho a ser todo lo ingenuas que quieran. La obligación de ser interesantes queda para las otras.

—Me lo explico—repuso—; no hay motivo para que usted pudiera reparar en mí, que soy *uno de tantos*. En cambio, yo no podía menos de notarla, como se nota siempre a las mujeres hermosas.

Sentía gana de llorar al ver que no se le ocurría nada para seguir aquella conversación que deseaba continuar; lo retenía a su lado, continuando la marcha, sin tomar la moneda.

Fernando se la ofreció de nuevo.

—Se ha molestado usted por eso—dijo ella, sin tomarla aún—, yo buscaba porque temía que se hubiese caído una peseta.

—El dinero no tiene más valor que el que se le da. Esta monedita, por ser de usted, vale mucho. Tanto, que, si me lo permite, voy a cambiársela por otra. Me traerá, seguramente, suerte buena.

—¿Está agujereada?

—No, pero viene de manos de usted.

Estaba entablado el diálogo. Seguieron hablando durante todo el trayecto, hasta la casa de ella, que se paró antes de estar al alcance de la mirada de las porteras, ya que la tía no podía verla acompañada, a causa de vivir en un cuarto interior.

La posdata fué larga. Él era preguntón y ella le contestó a todo. Cuando se separaron, él sabía la breve his-

toria de la muchacha y llevaba por ella una gran estimación. A pesar de saber lo expertas que suelen ser las ingenuas, tenía la certeza de que esta vez no se engañaba. Leonor era una perla negra en medio de su mundo despreocupado. Le era simpática, le gustaba, pero no se atrevería a turbar él, con un propósito bastardo, aquella paz inocente de la muchacha, casta por naturaleza, una de esas naturalezas equilibradas y nobles a las que sólo extravía la fantasía.

Tuvo una decepción ella cuando no le vió al día siguiente, ni al otro, ni en toda la semana. Se indignaba consigo misma por pensar tanto en un hombre al que no le gustaba... Y en el fondo no podía menos de apreciar su conducta. Conocía que no era en absoluto cierto que no le gustaba, sino que no quería aprovecharse de la simpatía que le inspiraba. El verlo honrado y bueno le hacía interesarse más.

Hacía ya un año que se conocían y no eran novios; no se hablaban de amor sin dejar de decirse que se querían.

Cada vez que se habían encontrado, se habían saludado y se habían entretenido en largas conversaciones. Durante los días de nieve y de frío del invierno, él la había tapado más de una vez con su paraguas o le había hecho tomar el tranvía para librar los pobres pies, de zapatitos tan trabajosamente lustrados y recompuestos, de chaclótear en las aceras mojadas y fangosas.

En muchas ocasiones su llegada había espantado a los tenorios callejeros que iban en pos de la joven.

Lo recibía ella con alegría, como a un protector, una persona querida.

—¿No le estorbo a usted?—solía él preguntarle.

—Claro que no.

—Le he espantado a usted un pretendiente.

—Me ha hecho usted un favor.

—¿No le gusta a usted que la sigan?

—Es molesto que un desconocido crea que puede atreverse con una.

—Es que casi todas las mujeres aman a un desconocido. Hay pocos amores entre amigos de la infancia. Casi todas las mujeres se casan con el que era su desconocido.

—Sí, pero hay algo de extraño que da la sensación de haberse conocido siempre.

—Ese es el milagro del amor.

—Pero el amor no viene más que con el trato, seguramente.

—¿No ha amado usted nunca?

—No... ¿y usted?

—Yo amo siempre.

—¿Tiene usted novia?

—No.

—¿Por qué?

—Me da miedo despertar un amor que creo no correspondería.

—¿Pues no dice usted que ama siempre?

—No quiero hacer desgraciada a una mujer.

—Confieso que no lo entiendo.

—Es que yo siento los amores, pero no ese amor fundamental que da la exclusiva.

—¿Y qué hace usted?

—Ofrezco mi amor tal como es... no miento.

—¿Y encuentra muchas mujeres que lo acepten?

—Me impide mi modestia contéstale.

—Entonces es que no lo aman.

—Afortunadamente.

—¿Le agrada que nó le amen?

—Me gusta que me tengan simpatía y pasar sin dejar un dolor ni llevarme un remordimiento.

—Yo no podría amar así.

—Lo supongo. A pesar de su carácter tan alegre, en el fondo es usted una *transcendental*. Sufrirá usted mucho.

—No, porque no me enamoraré nunca.

—Sería demasiada suerte para usted.

—Demasiada tristeza.

—¿Lo cree así?

—¡Claro! En los dolores de amor debe haber un goce supremo.

—Mejor es que no lo conozca usted.

—Entonces voy a vivir siempre en el limbo.

—Preferible es al infierno.

—¿Y el cielo?

—Es todo serenidad.

—Pero a mis años no se tiene la serenidad siempre.

—El mejor sentimiento entre hombres y mujeres es la amistad.

—¿Lo cree usted así?

—Es indudable. ¿No se siente usted bien a mi lado?

—Ya sabe usted que sí.

—Somos amigos.

—Y lo seremos siempre.

—Hasta el día que tenga usted novio.

—¿Qué importará eso?

—El no la dejará.

—Reñiré con él.

—¿Me preferirá usted?

—Es natural.

—No veo por qué.

—Porque me entiendo con usted mejor que me entendería con el novio.

—¿Qué sabe usted!

—¡Vaya si lo sé!

—Empieza usted a preferir la amistad.

—Confieso que sí... Pero, ¿y el día que usted se case?

—A los hombres no nos estorba la esposa.

—¿La engañaría usted?

—No necesitaría engañarla.

—¿Por qué?

—Si yo amara había de ser a una mujer superior que no tuviese celos de la amistad. Serían ustedes también amigos.

Leonor no hallaba qué decir. Cuando ella le acababa de prometer renunciar al amor por él, para conservar lo poco de él que le daba, Fernando admitía la posibilidad de amar a otra mujer. ¡Ella odiaba ya a aquella mujer desconocida! Sentía celos y rabia. Pero el pudor femenino, que no ofrece amor al desdénoso, la obligaba a disimular, a querer fingirle indiferencia, y le solía decir:

—Es verdad. Tiene usted razón. Nosotros seremos amigos siempre. Es lo mejor.

No sabía si aborrecerlo por su probidad o agradecerle que no la quisiera engañar.

Pasaban semanas que no se veían y semanas en las que se veían diariamente.

Ella, con su perspicacia de mujer, notaba la influencia que ejercía en el ánimo del joven. Cuando la veía, lo apresaba. No sabía ya irse. Encontraba gracia a todo lo que ella hacía y decía: a su alegre charloteo, a los comentarios que ponía a las cosas y al modo original y arbitrario que tenía de juzgar todos los asuntos. No se aburría a su lado.

Habían subido juntos tantas veces, andando despacio, aquella calle de Fuencarral, que ya se sabían de memoria todos los escaparates, empezando por la tienda de modas de la esquina, con su aspecto de gran bazar; la de loza, que causaba miedo de entrar entre los rímeros de cacharros; la fotografía, la tienda de gorras, y así aquellos escaparates de ropa blanca hecha, con las camisitas plegadas y las blusillas tentadoras; los de pieles baratas, los de muebles... Se habían detenido ante todos, como novios que hubiesen de poner casa, discutiéndolo todo.

A veces entraban a tomar un bocadillo o un tortel en la *Viña H* o se sentaban en los cafés de la glorieta de Bilbao, que con su triángulo de terrazas tiene siempre un aspecto alegre y verbenero. Con su novia le hubiese molestado a Fernando pasar por allí, entre tantos mirones; con su amiga iba tranquilo y contento de que la mirasen y la admirasen.

Porque Leonor estaba cada vez más fresca, más bonita, más graciosa. Se conocía su educación en sus modales, y tenía un *chic* especial para estar elegante sin ir llamativa con sus vestidos sencillos, limpios y cuidados.

Ya algunas veces hasta se citaban para dar un paseo de tarde. Irse en tranvía a la *Casa de Fieras* o al *Parque del Oeste*, los puntos de cita de los novios castos.

Se paseaban entre los árboles, por los caminos desiguales, entre los grupos de gente, en la que abundaban las pobres muchachitas cursis que pasean sus modestas galas, como esos simones de alquiler levantada, sin ver llegar al enamorado.

Solían sentarse en las sillas de la *rivera* de Rosales, que parece una rivera frente al mar, para tomar una cerveza, dorada y burbujeante, con las patatitas a la inglesa o con el currucho de almendras saladas, mientras el pecho se ensanchaba ante la anchura del paisaje, con esa ansiedad de aire de los pulmones en las grandes ciudades que acuden al banquete del paseo, como los estómagos de los mendigos hambrientos se saciaría en el gran banquete de Palacio.

Habían llegado a citarse al anochecer, a esa hora de los paseos de los enamorados, para deambular con el paso lento de las parejas amorosas, cogidos del brazo, por las calles solitarias alrededor de Luchana, Santa Engracia y el paseo del Cisne.

Los conocían ya los novios peripatéticos que paseaban durante meses y años por allí sus amores. Las compañeras de taller creían que Fernando era su novio, y ella se guardaba bien de desmentirlo, aunque aquello tuviese la desventaja de apartar de sí a los que pudieran ser de verdad sus novios.

Le halagaba la vanidad el que pen-

sasen que Fernando, tan bien puesto, era su novio, y un novio con buen fin, que ni siquiera la llevaba a los cines oscuros.

Sentíase satisfecha de no pasar por la muchacha sin amor y sin cortejo, que se supone siempre que no es por falta de gana.

Hasta en su casa, donde comenzaban a sospechar que se entretenía en algo y a rezongar a causa de sus tardanzas, le daba eso un aire de mayor importancia. Se sentía más interesante. Soñaba olvidar que Fernando no era su

novio, que no se había comprometido en lo más mínimo. Después de todo, para ella era igual. Se sentía contenta con aquella amistad amorosa en la que su instinto le decía que iba ganando cada día más posiciones estratégicas en el alma de su amigo, con aquella táctica de no emplear jamás coquetería de novia ni tratar de prender su confianza con el más ligero compromiso.

No se daban cuenta; necesitaban ya imperiosamente verse y comunicarse, tanto el uno como la otra.

III

Habían acordado celebrar el día de San Fernando yéndose juntos a la fiesta de Aranjuez, que aquel día se vestía de gala.

Era el lugar donde se había educado ella, sin conocerlo, y donde él deseaba ir desde hacía largo tiempo.

Leonor, para realizar aquel capricho, tuvo que engañar a su tía fingiendo que iba con unas compañeras. Fernando hizo el sacrificio de dejar a la madre en día tan señalado prometiéndole ir a cenar con ella.

Realizado el proyecto, se veían ahora los dos, en lugar desconocido, como si estuviesen en el más lejano extranjero y se encontrasen por prime-

ra vez, casi como en el momento en que ella tiró *la perrilla chica*.

Era una cosa embarazosa el tener que alternar con todas aquellas gentes, en una situación equívoca. Decir que eran hermanos, no les gustaba. No se parecían, y además se miraban de una manera que estaba lejos de ser la tranquila naturalidad de los hermanos.

Sin saber lo que eran había ya jovencitas que le dirigían a Fernando miradas lánguidas y jóvenes que se insinuaban con ella. Sería muy molesto pasar por hermanos.

¿Novios? No podrían hacer buen papel pasando por novios. No era cos-

tumbre en España que las señoritas se fuesen así de parranda solas con los novios. La verdad, inocente, era completamente inadmisibile. No podría nadie creer que dos amigos de diferente sexo pudiesen hacer aquel viaje.

Y llegaba el momento de declarar lo que eran delante del grupo de turistas que esperaban las papeletas para ir en pelotón a visitar el palacio, única dependencia que se podía visitar por la mañana. Los jardines del Príncipe, que con su flotilla de barcas y sus pintorescas enramadas a orillas del Tajo eran una de las principales atracciones, estaban cerrados. A la Casa del Labrador se podía ir sólo por la tarde, que sería también cuando se abrirían los grandes jardines del palacio.

Los que recibían los billetes de permiso de la Intendencia, se quejaban y protestaban. Todas aquellas cosas debían ser como un patrimonio de la nación que todos tenían derecho a contemplar. Se ponían trabas a las gentes para todo, y luego se quejaban de que no se fomentase la afición a los viajes.

Fernando se adelantó a coger la papeleta.

—¿Nombre?

—Fernando Rocasen y... y esposa.

Los curiosos, que prestaban atención, se habían enterado.

Fernando cogió a Leonor del brazo y emprendieron el camino de palacio: la llevaba sujeta, junto a sí, apoyándose en ella, como si la declaración que acababa de hacer tuviese el valor de la firma de un acta notarial.

Ella se dejaba llevar, satisfecha de

su papel de esposa, sintiéndose esposa, y ardiéndole las mejillas de rubor, que no sabía a qué atribuir: el rubor nupcial.

Tuvieron que esperar en el vestíbulo que el guarda hubiese acabado de enseñar el edificio a un grupo para entrar ellos con aquel otro grupo de que formaban parte.

La espera fué larga y aburrida. El haber madrugado tanto les traía ya hacia las once el cansancio y la falta de sueño. Se empezaba a sentir el roedor del apetito en el estómago; cansados de correr y de gritar, comenzó el abrir la boca en largos bostezos sordos, estirar con cierto disimulo brazos y piernas y dejarse caer lánguidamente, apoyándose en las paredes, en las puertas y en los bastones.

Reinaban grandes espacios de silencio, que se esforzaban por romper manteniendo la forzada alegría que se habían impuesto.

El calor comenzaba a dejarse sentir; un calor de medio día castellano, pesado, ardoroso. Se sentían enervados y adormecidos. Les costó trabajo a todos seguir al guardián para recorrer los salones de aquel palacio, tan grandes, con tantos dorados y tan enormes ventanales.

Los que no habían visto jamás un palacio se quedaban admirados de lo que creían la magnificencia insuperable, y lanzaban curiosas exclamaciones ante todas las cosas: los muebles, las lacas, las mesas de piedras duras en mosaico de Italia.

Aunque estaba prohibido tocar, todos pasaron la mano por la pared de la salita de porcelana de la antigua

fábrica del Retiro, admirando las figurillas y guirnaldas que cubrían, como si fuesen azulejos, el techo y las paredes.

Otros admiraban en el pequeño saloncillo cercano aquella cosa opulenta de terciopelo rojo que les parecía un trono, y que no era un trono precisamente.

Señoras dispuestas lamentaban el que no se pusieran muebles nuevos y se limpiase bien.

Otras niñas, echándolas de refinadas, preguntaban dónde estaba el cuarto de baño, que no existía en el gran palacio.

Había señores que exclamaban, con envidia de los monarcas:

—¡Qué bien lo pasarían aquí.

A casi todos les impresionaba la multitud de relojes, parados en diferentes horas, que existían en todo el palacio. Era la nota dominante: relojes por todas partes. Esos relojes metidos en su templete de columnas de mármol, o rodeados de bronce complicados, con amores desnudos o con figuras de un río personificado en un hombre rodeado de amorcillos.

—¿Por qué tendrían tantos relojes?—dijo una.

—Nunca se podría saber así la hora cierta—comentó otra.

—Y no digo el trabajo de darles cuerda—compadeció la tercera, pensando en la figura de la reina visitando todos los relojes antes de acostarse.

—Yo quisiera—dijo un caballero bizco, echándolas de profundo—, saber qué hora es esa que marcan y que nos parece tan sencilla, porque esa

hora no es de nuestro día ni de nuestro año.

Todos lo miraron con admiración al oír su sentencia.

Fernando estaba encantado de la discreción de Leonor. Seguía la comitiva rezagada, perdiéndose voluntariamente, sin hacerse notar, sin demostrar un desdén y una frialdad de mal gusto ni tampoco admiración desordenada.

Las escasas observaciones que hizo fueron sólo para él, discretas y atinadas. Se sonreía de escuchar a la señora pequeñuela, gorda, rubia, de la voz chillona, que comparaba todo lo que veía con lo que vio en los palacios que había visitado en el extranjero; y lucía su erudición explicando épocas y hablando de sucesos históricos.

—Si yo tuviera una mujer así—pensaba Fernando—, le retorció el pescuezo como a una gallina.

Al salir de allí era ya la hora de ir a comer. Los mendigos y los chicuelos, agrupados frente al palacio, les señalaron la dirección de los hoteles y los restaurantes, pero todos estaban llenos. Se sentían cansados de tanto andar, de la madrugada, del calor, de todo lo nuevo y extraño, y no había en dónde meterse.

Era tarde de toros. Estaban allí los espadas de mayor fama, y Madrid y Toledo se despoblaban para ir a ver la corrida.

Al pasar por uno de los comedores al aire libre, un local vallado con una cerca de guirnaldas de rosas de pitimini, blanquirrosas, en racimos, lleno de mesas bajo un toldo, vieron a la

marisabidilla rubia que les hacía señas para que ocupasen dos lugares libres en la mesa donde ella estaba con su hija, una muchachota carillena y bobalicona.

Se miraron dudando. De buena gana renunciarían a todo por no soportar a la rubia.

—Es mejor comprar pan y cualquier embuchado e ir a comerlo al lado del río, si te parece—dijo ella.

—Eso creo. Me ataca los nervios esa mujer con su voz penetrante y chillona.

Pero un camarero había visto ya los gestos de la dama y venía a abrirlas la puerta de la cerca para que entrasen. La señora gritaba dominando el tumulto de las conversaciones con voz chillona. Todo el mundo se había fijado ya en ellos. Entraron como avergonzados de verse blanco de tantas miradas para sentarse entre la madre y la hija.

Gracias a la turbación y al malestar que la vecindad les producía, comieron casi sin enterarse los manjares que les sirvieron. La señora protestaba por ellos.

—Es un pan duro que no se puede comer.

—Ya ven qué raciones tan escasas.

—Apenas se alcanza a media docena de espárragos.

—La carne es un pedazo de zapa-tilla.

—Está visto que no se puede venir a estos sitios en días de fiesta.

Después, cansada de que le contestasen con monosílabos, empezó a hablar con el camarero. A preguntarle qué tiempo llevaba allí, de dónde era y

qué hacía. El muchacho, un andaluz con cara de galgo, en el que los fal-dones del frac completaban la caricatura, lenguaraz y gesticulante, comenzó a contarle sus andanzas desde que salió de Ronda para ir a parar en aquel hotel, donde no les daban de comer.

—Hoy es el día—le confesaba—en que nos matan de hambre. Esta mañana nos dieron una calandraca incomible, y el olor de los platos que servimos nos daba dolor de estómago. Yo les he dicho a los compañeros lo que se hace en estos casos, y gracias a Dios nos hemos hartado. Es que estos castellanos no tienen inventiva para nada.

—¿Qué han hecho?

—Es cosa que no se puede contar. Pero las señoras no nos van a descubrir. Cuando queda algo en los platos, se aprovecha. Pero queda poco; la gente viene aquí con hambre, quiere ahitarse. Lo que se hace es ahorrar de las raciones. Vea... tra'go en la fuente ocho pedacitos de carne. En vez de servir los ocho, sirvo uno a cada uno y me llevo los otros. Pero no llegan a la cocina. Nos los tragamos en la mesa de servicio, y si está el amo se meten en el bolsillo. Los fracs no son nuestros.

Y les enseñaba los bolsillos chorreando de grasa de haber guardado en ellos croquetas, pedazos de pescado frito y chuletas.

Satisfecha por este lado su comandería, doña Consuelo la emprendió con ellos.

Empezó a hacerles preguntas:

—¿Madrileños?

—Sí, señora.

—¿Los dos?

—Sí.

—¿Recién casados? Ya se vé.

—Hace dos meses.

—Comen aún el pan de la boda.

Por eso les parece todo bien.

—Naturalmente.

—Parece que la joven está ya ojorossilla. Se espera algo, ¿eh?

Fernando hizo un gesto señalando a la hija, como dando a entender que delante de una joven no se debía de hablar de aquellas cosas, mientras Leonor enrojecía hasta la raíz de los cabellos.

—Yo no tengo empeño en que mi hija no sepa las cosas de la vida—exclamó la señora—. A cierta edad se puede hablar todo delante de las muchachas. Que no sean inocentonas y pequen de ignorancia. Las más cándidas son las que más pronto caen.

Fernando no la oía mirando a su mujercita con la ternura paternal dedicada ya al hijo futuro. Se tenía que confesar que aquel día estaba más bo-

nita que nunca y demostrando una mesura, una distinción, una ponderación asombrosas.

—Soy el marido de la única mujer que no pone al marido en ridículo—pensaba mientras doña Consuelo seguía hablando y bebiendo vasos de agua con una sed insaciable, lo mismo que la hija, callada, seria y atracándose de agua lo mismo que su madre.

Ellas no iban a los toros y llevaban trazas de no dejarlos libres en toda la tarde.

Fernando tomó la resolución heroica de levantarse, pagar y despedirse de un modo brusco, pretextando la necesidad de una visita.

Se alejaron los dos cogiditos del brazo, a lo largo de la cerca, en dirección a la Casa del Labrador.

—¡Buen camino para ir al pueblo! —comentó la cotorróna, despechada—. Esos son tan matrimonio como yo obispo. Lo que sienta es haberlos tenido en mi mesa. Es una demasiado buena y confiada...

IV

—¡Leonor!

—¡Enriqueta!

Se unieron en un abrazo ella y la otra jovencita que se destacaba del

grupo con un caballero de gran barba y una señora guapetona y elegante.

Eran las dos amigas de colegio que más se habían querido, las que habían

estado unidas muchos años por una verdadera fraternidad.

Después de salir del colegio se escribían, al principio con más frecuencia, luego, de tarde en tarde. Hacía ya tiempo que no sabían la una de la otra.

Después de la expansión de los abrazos, Enriqueta se volvió hacia los señores que la acompañaban.

—Mis padres.

Leonor sabía que la madre de su amiga se había vuelto a casar con un rico vallisoletano. Le tocaba a ella el turno de presentar.

—Mi marido.

Lo dijo con una naturalidad asombrosa, sin enrojecer. Eran ya un viejo matrimonio.

Fernando saludó.

La jovencita volvió a abrazar a Leonor.

—¡Pícara! ¿Conque te has casado y no me lo habías dicho? Eso es ya demasiado olvido.

—Como no tenía la nueva dirección tuya...

—Es cierto. Es mía la culpa. Esperando venir a Madrid y verte. Me lo tenía ofrecido mamá. ¿No es cierto?

—Sí. No sabe usted cuánto la recuerda, Leonor por acá, Leonor por allá. Una locura.

—Yo—añadió el padrastro—la conocía a usted ya de oirla hablar.

—¿Y hace mucho que te has casado?

—Cuatro meses.

—La luna de miel—dijo la madre bondadosa.

—Pues me alegro de conocer a tu marido al mismo tiempo de saber la

noticia. Me hubiera inquietado el pensar cómo era. Así estaré tranquila. Me gusta. Tiene cara de bueno... y simpático... Como es tu marido puedo pispearlo sin temor.

—Claro.

Pero en el fondo no le gustaba ni el entusiasmo de Enriqueta ni la efusión con que Fernando dió las gracias.

Sin embargo pensó que ella era la esposa, y recordó cómo le disgustaban las insoportables mujeres celosas de sus maridos. Sonrió bondadosamente y se quedó atrás con los padres, dejando que su amiga fuese delante, acompañando a Fernando, y contándole sus travesuras del colegio, donde todas las compañeras la querían.

Un guarda les abrió la puerta del parque y por la frondosa alameda los condujo a la casa. Era aquel otro palacio lujoso y coquetón, que había servido a María Luisa para tener sus citas con Godoy. Un palacio, que fué como un pabellón de caza, un apeadero, donde descansar de la forzada galantería de la corte.

El padrastro de Enriqueta hablaba con gran competencia de esa época, con una voz tan pausada y grave, que parecía que leía.

La evocación de María Luisa llevaba siempre en sí algo de sensual, de cocotesco.

Sin ser hermosa, ni virtuosa María Luisa había dejado tras de sí un aroma de feminilidad que la poetizaba. Tal vez ella, que como su hija Carlota Joaquina en Portugal, había representado la encarnación de la ramera en reina, y llenado el palacio de hijos adúlteros y de aventuras canallas, te-

nia un prestigio de ser la mujer, más mujer de lo que acostumbraban a serlo las reinas. Con aquella cara de bruja que retrató Goya en todos los Caprichos, sensual, viciosa, hacía triunfar su figura y su nombre en la evocación romántica de los jardines.

Se conservaba allí como un perfume sensual de ella. Ella y Godoy excluían la imagen del romántico Carlos IV y de su hijo Fernando VII, que había hecho revivir en aquel lugar las aventuras amorosas de la madre, engañando a la devota Amalia de Sajonia y dándose la gran vida entre damas y comilonas mientras las luchas civiles ensangrentaban las calles de Madrid.

Había momentos en que se alegraban de no haber ido solos. Volvían los ojos el uno al otro, como si, excitados por aquel ambiente, se pidiesen una caricia.

Cuando se despidieron ofreciendo verse dentro de poco en Madrid, Fernando dió unas señas imaginarias.

Se quedaron solos. No tuvieron una carcajada para sus engaños ni un reproche para la situación que les creaban.

Fueron hacia los grandes jardines que se acababan de abrir. Los jardines del gran palacio, junto al Tajo. El inmenso parque cruzado de avenidas, sembrado de fuentes, de altos ombos, que se clavaban en el cielo.

Había poca gente, y la poca sencilla gente de pueblo, que no había podido ir a los toros y que discurría por las cercanías del palacio, viendo las estatuas y los maravillosos juegos de agua.

Aquel lugar tan suntuoso como Versailles, menos amanerado que la Granja, era grandioso e impresionante.

Seguían hablando de cosas indiferentes, pero en el fondo gravemente preocupados. Leonor sentía una gran pena de no poder ya tener trato con Enriqueta, que descubriría su engaño y la tomaría por una pérdida. Además la hora del tren se aproximaba y con ella la hora de la viudez de aquel matrimonio ideal que le había hecho pasar unas horas tan felices, tan afirmadas en la vida. Era como volverse a sentir de nuevo sin cimientos y sin raíces.

El no sabía qué era lo que sentía que le impresionaba tan hondamente. No le gustaba ya volverse a sentir tan solo.

Se reprochaba el haber dejado penetrar demasiado en su vida aquella mujercita. Pero tenía que confesarse que era la mujercita ideal, que sabía estar a la altura de las circunstancias. No se había hecho pesada, no lo había perseguido con celos ni con exigencias y, sobre todo, no lo había puesto en ridículo, como estaba acostumbrado a ver que hacían las otras mujeres, con miradas furtivas, morisquetas y sonrisitas con los demás hombres.

Tenía que ir a cenar con su madre y tenía pena de no poder llevar también a su casa a Leonor. Pondría alegría, luz, juventud para alegrar, sin destruirlo, el viejo hogar, que podía florecer con ella.

Se habían alejado tanto que estaban al final del parque, allí donde apenas llegaban los cuidados de los jardineros, cerca de la orilla del Tajo,

por el sitio donde, a lo lejos, se ve cruzar el tren sobre su puente.

Era lo más salvaje, lo más extraviado, el lugar donde ya no había estatuas ni guirnaldas de las rosillas apretujadas en racimos que enfloraban todo Aranjuez.

Se sentaron en un banco rústico. Aquel lugar evocaba en Fernando el recuerdo de la Alhambra de la que, como buen granadino, guardaba esas saudades incurables que Granada deja en el alma de todos sus hijos, árabes o latinos.

Eran los mismos altos olmos que se clavaban en el azul del cielo, altos, espesos, formando una verdadera selva.

A pesar del ambiente blando y tranquilo de la tarde romántica, había un rumor de sedas en las copas de los árboles, algo como un viento muy alto, que oían y no sentían. Un viento producido por los mismos árboles, una especie de canto de las hojas que se agitaban.

Llegaba la humedad del río a cuya orilla se mecían gallarda y blandamente los olmos blancos, de hojas de plata esmaltadas en verde.

El sol comenzaba a descender de aquella bóveda azul, luminosa y transparente, más alta en la limpidez de la atmósfera, que lo que asemeja estarlo el cielo de Madrid y el crepúsculo encendía en oro y magenta los imperceptibles vapores del horizonte.

Y la tarde estaba poblada de perfumes y músicas. El rumor del agua del río, el rumor de las hojas y del campo, las lejanas voces de la gente y sobre todo, el concierto de los ruiseñores.

Los ruiseñores son los pájaros ar-

tistas. Los moradores de todos los sitios magníficos de la tierra. Son los habitantes de los parques reales, de los bellos jardines.

De pronto, el concierto calló. Era como si todos de acuerdo hicieran el silencio para escuchar a aquel que desde uno de los árboles atronaba el aire con las magníficas notas de flauta que salían de su garganta en el soberbio solo.

Los dos jóvenes estaban embebidos, absortos por la naturaleza grandiosa y potente que los dominaba. Sufrían el desvanecimiento del halago de los sentidos en aquel ambiente blando, cariñoso, en aquel aire que venía cargado de perfumes diversos según llegaban las bocanadas de los jardines o del campo.

Leonor sentada en el banco, con aire de fatiga y de cansancio que la hacía más interesante en su languidez, algo despeinada, un poco pálida, estaba más hermosa que nunca.

La figura resultaba graciosa, elegante envuelta en su pobre piel. El le dijo:

—¡Quítate los guantes!

Ella obedeció sin extrañarle la extraña súplica. Fernando había encontrado como una tara aquellos guantes que no estaba acostumbrada a llevar y convertían sus manos en dos muñones inexpresivos. Le hacía falta la expresión de las manos, como supletorias que aumentaban la expresión del rostro.

Las manos con guantes eran rostros con antifaz.

Lucieron las manecillas pequeñas, delgadas, que sin ser largas y aristó-

cráticas no eran plebeyas tampoco. Estaban cuidadas, aunque denunciaban su costumbre de trabajar en el gesto y en aquella mancha oscura, que las picaduras de la aguja habían puesto en el dedo índice de la mano izquierda.

No tenía sortijas, pero las uñas le brillaban bruñidas como amatistas rosas. Fernando que miraba con ternura aquellas manecitas no pudo dejar de sonreír. Ponerse los guantes y bruñirse las uñas eran las primeras exquisi-

teces de esas conmovedoras muchachitas modestas a las que cruelmente se llama *cursis*.

Se inclinó, le cogió la manecita marcada por el acero del trabajo y se la besó con ternura. Luego se puso de pie, como el que desea vencer un impulso, un poco bruscamente, miró el reloj y aunque marcaba una hora temprana, inverosímilmente temprana, le dijo:

—Vámonos hacia la estación. Ya va siendo hora.

V

A la salida de los jardines, en el campo de la estación se alineaban los puestecillos de las mujeres que vendían fresa.

Estaba todo embalsamado de fresa. Lucía en grandes montones, apiñada sobre las mesas, con su lindo color rojo, en la gama del salmón y el rosa, con ese tono grosella, un poco magenta, tan agradable y especial que forma el color fresa.

—¿Verdad que es color de labios de mujer?

—No sé... me gustan mucho.

—¿Quieres que te compre? Quizás

tendrás apetito, el almuerzo fué escaso.

—Apetito no... pero no te digo que no, porque están incitantes con ese color y ese aspecto jugoso.

—Tenía yo razón al compararlas.

—No voy a querer que las comas tú, entonces.

—¿Por qué?

—¿Olvidas que soy por unas horas aún tu mujer y tengo derecho a tener celos?

Se acercaron a la mesilla a cuyo lado había cestitas de palma esperando que las llenasen. Era obligatorio que

todos llevaran fresa de Aranjuez a sus casas. Fernando mandó llenar uno de aquellos canastillos de fresas menuditas y de fresones. Se apartaron hacia un banco retirado para que ella las comiese a su sabor.

Nunca había reparado en qué graciosa estaba una mujer comiendo fresa. Los deditos blancos las cogían por la punta del tallo con una gran delicadeza y las dientecllos luminosos mordían la pulpa roja, perfumada, que le empurpuraba los labios. El perfume no le parecía ya de la fresa sino del aliento de Leonor.

—¿No quieres tú?

—No.

—¿Pues no decías que te gustaban?

—Ahora no las deseo.

Le tenía cierta rabia a las frutillas que le daban deseos de besar. Ella las comía con un deleite y una sensualidad de animalillo.

Sacó un cigarro, lo encendió y se alejó unos pasos, quería sacudir la emoción que lo dominaba toda la tarde.

Leonor quedó comiendo sus fresas.

—No sé cómo te gustan tanto así solas.

—Lo tienen todo, no necesitan aliño.

—En Granada se comen con leche y azúcar.

—Yo las he tomado en Madrid con anís y con vino, pero me gustan así más.

—Allí las preparan en los canastillos cubriéndolas de azúcar y almen dras molidas. Estás deliciosas.

—Yo adoro la fruta y todas las hortalizas. Como las lechugas, las habas crudas, los tronchos de col. Mi tía me dice que parezco un conejo.

—Pues no tomes ya más que te van a hacer daño.

Ella se levantó, la vió volverse, sacar de su bolsillo el pañolito, y hacer como si ocultase algo.

Tuvo curiosidad de saber qué hacía y dió la vuelta al banco. Leonor llevaba en su bolsillo un espejito, la cajita de los polvos y una barra para los labios. Se arreglaba hipócritamente, como quien no hace nada. Le disgustó el contraste de este artificio de disimulo con la espontaneidad de antes. ¡Había tantos matices que descubrir en una mujer a lo largo de todo un día a solas con ella!

Aquel grito de la locomotora, que más que de aviso parece de alarma y de auxilio, los sobresaltó.

—¿El tren?

—¡El tren!

No podía ser aún el que había de conducirlos a Madrid dada la hora que era cuando Fernando miró su reloj.

Volvió a mirarlo. No había avanzado. Marcaba la misma hora. Se lo acercó al oído aplastándolo contra él. No se oía el tic-tac. ¡Estaba parado! Entonces sintió ese pánico del viajero que pierde el tren.

—Ven.

La cogió de la mano y corrieron hacia la estación, donde el tren estaba pronto a seguir el camino.

Los dos corrían desesperadamente. Estaban demasiado lejos. Veían el hormiguero de gente que llenaba los andenes, cómo tomaban los vagones por asalto, embutiéndose en ellos, gritando, apostrofándose con el miedo de quedar allí, con una algazara de eco desagradable, violento, que dominaba el silbido del tren.

Parecía que se los iba engullendo a todos. Y los dos corrían. Eran igualmente ligeros, ágiles, juveniles, corrían con miedo de llegar tarde.

Ya estaban cerca, las fuerzas les abandonaban pero cobraban nuevos alientos. Entraron en la estación, se lazaron al andén. La vía estaba vacía, el tren, con un último grito desgarrado se arrastraba a lo lejos.

Sintieron la desesperación, el deseo de volverse contra alguien, de buscar un responsable de lo que les sucedía. Era trágico ver partir el último tren de vuelta a Madrid sin poder alcanzarlo.

Fernando fué egoísta para pensar primero en sí mismo.

—Mi pobre madre que me espera a comer.

—Tienes el recurso de ponerle un telegrama, pero ¿y yo?

Entonces él se dió cuenta del compromiso de la joven pasando la noche fuera de su casa. ¿Qué hacer? Procuró serenarse y tomándola por el brazo de nuevo, le dijo:

—No te apures. Volveremos al Hotel. Cenaremos... y luego... Hay que pensar.

Ella no dijo nada. Entraron en el comedor del Hotel. Un criado les ofreció el menú. Fernando se esforzaba por estar sereno, Leonor sentía ganas de llorar.

—¿Estás arrepentida de nuestra

aventura?—le preguntó él mientras cenaban.

—No.

—¿A pesar de lo que sucede?

—A pesar de todo. He sido lo bastante feliz hoy para merecer los disgustos que voy a sufrir.

—Tampoco es motivo para que sufras disgustos.

—Eso es inevitable. Mi tío y mi tía se considerarán ofendidos... pensarán cosas injuriosas.

—Lo mejor es que les confieses la verdad.

—No me creerán.

—¿Entonces?

—No me importa. No son mis padres... Yo tengo la conciencia tranquila.

—Pero yo no.

—¡Mal hecho!

—Soy yo el que te ha conducido a esta situación.

—Porque yo he querido.

La miró con agradecimiento. Había una nobleza en la joven que no quería agobiarlo ni hacerlo responsable de la situación, queriendo sacar ventajas de ella.

—Hemos perdido el tren y vamos a pasar aquí la noche—dijo Fernando al camarero.

Y a trueque de que le pareciese rara la demanda en un matrimonio joven y recién casado, añadió:

—Necesitamos dos habitaciones contiguas.

El hombre volvió al poco rato.

—No hay ninguna habitación en el Hotel.

—¿Qué hacer entonces?

—El amo ha enviado a preguntar a

una casa cercana de unos conocidos a ver si puede tener lo que ustedes desean.

Leonor pedía a Dios desde el fondo de su alma que no hubiese habitaciones.

—Yo tengo una hermanita en el Colegio de Huérfanas—dijo—. Podíamos ir allí a pedir albergue.

—No admiten hombres allí—repuso el camarero.

Fernando que comprendía su deseo se adelantó a él:

—Pero en caso de no encontrar habitaciones buenas, la señora podía quedarse. Yo me arreglo en cualquier parte.

—De todos modos es inútil, las monjitas no le abren a nadie a esta hora.

Salieron a la terraza llena de rosas y de perfume. La noche era oscura, sin luna, y las estrellas brillaban sobre un cielo negro de puro azul.

No se atrevían a mirarse ni a decirse nada.

A poco rato volvió el camarero.

—No hay más que una habitación. Si los señores la quieren.

—Vamos.

Salieron en pos de un muchacho que los guiaba al través de las calles de árboles, en dirección al interior del pueblo. Pararon en el centro de una calle apenas urbanizada, ante una casa de fachada desconchada y pobre apariencia.

El chico repiqueteó con el aldabón de hierro.

Tiraron de un cordel y el portalón de madera carcomida se abrió. Estaban dentro de un ancho patio ocupado por una gran escalera. Hacía ese frío

húmedo que se siente al entrar en las cuevas. Ella se plegó medrosa, pero Fernando le dijo al oído:

—No temas.

En aquellas palabras iba envuelta una promesa que los que la oían no podían comprender y que tranquilizó a la joven.

Una mujer gorda, con gran delantal azul y blusa blanca esperaba en la meseta de la escalera y los condujo a través de un estrecho corredor, de ladrillos recomidos, alumbrádoles con una vela, hasta una habitación donde puso la palmatoria sobre la mesa de noche.

—¿Podríamos tener dos camas?— preguntó Fernando.

La mujer los miró con sorpresa.

—¿No son matrimonio?

—Sí, pero tenemos esa costumbre.

—No hay más que lo que se ve— repuso con sequedad la mujer, como si desconfiara—. Una cama para un matrimonio como Dios manda. En esta casa somos pobres pero honrados y nos gusta saber a quién recibimos en ella.

Para acallar los escrúpulos, Fernando le puso un duro en la mano.

—¿A qué hora pasa el primer tren?

—A las seis.

—Entonces llámenos usted a las cinco.

La mujer tiró la ropa de la cama para hacerla y poner sábanas limpias. Salió y volvió cargada con las mantas viejas, sucias, las sábanas remendadas, de lienzo crudo, y la colcha ramajeada.

En un dos por tres arregló el lecho, mientras los dos la miraban hacer sentados en un desvencijado sofá.

Cuando acabó salió dando las buenas noches.

Fernando se levantó y se acercó a cerrar la ventana. No tenía postigos y por los vidrios rotos entraba el aire. Fué a la puerta que no tenía cerrojo ni llave. Las toallas sucias como guñapos pendían a los lados de un lavabo de hierro con la jofaina desportillada, y de la mesilla de noche salía un olor infernal.

—Esto es como dormir en la plaza pública—dijo él.

Leonor reía, súbitamente tranquilizada en aquella alcoba nupcial.

—¿Te burlas?

—Ya hay que sacar partido de esto. Tiene una parte cómica muy graciosa.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Tratar de dormir hasta las cinco.

—Mejor sería ir a la estación a las cuatro, no perdamos el primer tren.

—En eso tienes razón.

—¿Anda ya tu reloj?

—Sí, lo he puesto un cuarto de hora adelantado.

Volvieron a callar. Al fin él dijo:

—Te puedes acostar en la cama y yo me quedaré en el sofá.

—No. A las mujeres nos cuesta mucho el tener que desnudarnos y vestirnos con el corsé y demás zarandajas. Yo me quedo en el sofá. Acuéstate tú.

—Quedémonos levantados los dos.

—¿Y qué dirán mañana de la cama sin deshacer?

—Yo le daré apariencia de estar usada.

Se acercó y entre las risas de ella revolvió las mantas, retorció y arrugó

los embozos, aplastó los colchones y las almohadas.

—La verdad es que no tiente esa cama a acostarse en ella—confesó.

—Si no fuera por como entra el viento en esta habitación en ruinas nos asfixiaba el olor de la mesilla.

—Me la voy a llevar al pasillo.

Cuando volvió le dijo a la joven:

—Vamos a poner la colcha delante de la puerta y una manta en la ventana. Me parece que nos espían.

—¿Estaremos seguros?

—Sí. Es sólo curiosidad.

Cubrieron aquellos dos huecos y arrimaron a la puerta una butaca, en la que se sentó Fernando.

Leonor se quedó en el sofá. Al poco rato, los dos rendidos de las emociones del día cabeceaban. Se durmieron.

Pero la postura incómoda les hacía despertarse de rato en rato. Cada cabezada de la que despertaba le parecía a Fernando que era un año más de casamiento que pasaba sobre ellos. En la confusión de ideas de su sueño, Leonor seguía siendo su mujercita. Una mujercita encantadora que no le pesaba ni le entorpecía, que no lo había aburrido.

A eso de las dos de la mañana el sueño estaba vencido. Fernando bien despierto miraba a la joven que parecía dormir. Estaba verdaderamente bonita con aquella semi luz de la bujía que comenzaba a oscilar, haciendo vacilar las sombras.

Su instinto se sobreponía a todos los pensamientos. ¿No sería risible para todo el mundo el exagerado respeto que él había puesto en aquella aventura? Nadie iba a creer en el sacrifi-

cio inútil que hacía. Quizás ni ella misma se lo agradecería. Quizás ella esperaba y él defraudaba una esperanza.

Era fruta madura en el árbol, en el momento de cogerla. El la iba a dejar para otro. La recordaba en toda la belleza que había desplegado aquel día, en su alegría, en aquellos momentos del jardín... cuando comía las fresas.

Sintió más vivo el deseo de comer fresa. Tal vez no era tan inocente como en su exaltación creía él. Recordó la manera hábil de entablar la conversación primera. Sus condescendencias de siempre. No le cabía duda, lo veía claro ahora, Leonor lo amaba y se le ofrecía.

Y él también la amaba. ¿Para qué seguirse engañando en aquel momento de sinceridad consigo mismo? La amaba y la deseaba.

Se acercó al sofá, la despertó estrechándola entre sus brazos, besando la fresa de sus labios.

Leonor no tuvo un momento de vacilación. Lo rehusó con fuerza, se levantó, corrió hacia el balcón y tirando la cortina que habían fabricado abrió las vidrieras.

El la miraba atónito. Iba a gritar, a tirarse por el balcón. Suplicó:

—Leonor, Leonor, ven. No seas cruel. Yo te amo.

La joven no contestaba.

—¿No me amas tú, Leonor?

Le respondió un sollozo.

—¿Lloras? Perdóname.

—¿De qué? Usted ha obrado con lógica... Ha hecho lo que otro cualquiera hubiera **hecho**. Tiene razón de

pensar mal de mí... que no lo creía como los otros...

Resonaron unos golpes secos en la puerta.

—¡Las cinco!

—Ya vamos.

Fué necesario reponerse, arreglarse ligeramente y prepararse a partir.

El frescor de la mañana, mojado aún de rocío y el perfume del aire les hacía bien a los nervios. Los festones de rosas de la estación parecían lavados en la noche; empezaban a llegar las mujeres que gritaban despezándose al paso del tren:

—¡Fresa de Aranjuez!

Subieron al vagón. Iban solos. El se sentó a su lado y le tomó la mano. Se había decidido.

—Leonor, ¿quieres que continue-

mos de veras lo que empezamos en broma?

—¿Qué?

—¿Quieres ser mi mujer de verdad?

Brilló un rayo de alegría en los ojos de ella.

—¿Bromeas?

—No. Me ha gustado mucho la prueba. Tiene muchas delicias contigo la vida de casado... y eso que aun no he podido saborearlas todas.

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas. Fernando que había formado su resolución le dijo:

—Si lloras no respondo de no besarte aquí mismo. Voy a llevarte a casa de tus tíos. Les anunciaremos nuestra decisión. Antes de un mes estamos casados y venimos a pasar la luna de miel a Aranjuez. ¿Quieres?

Carmen de Burgos «Colombine»

Y. DURANO

Puede ser vencida INTEGRALMENTE su enfermedad de ESTOMAGO-HIGADO O INTESTINOS

NEUTRACIDO

NEUTRACIDO ESPAÑOL realizará de modo permanente su ansiada curación, y CONTIENE los nocivos Bicarbonatos, Bismutos, Magnesias ni Cálmates.

ES UN REMEDIO seriamente científico que a diario realiza prodigios curativos. ES FORMULADO por la clase médica que testifica y garantiza sus méritos.

NINGUNO EN EL MUNDO por su eficacia y original composición (azufre, calcio y carbono coloidales).

EN UN SOLO FRASCO determina, muchas veces, curaciones extraordinarias.

TIENE el mérito excepcional de *curar* así el *exceso* como la *falta* de ácidos.

REGENERA el poder digestivo en absoluto permitiendo en breve plazo comer *de todo*.

REGULA el funcionalismo intestinal suprimiendo prontamente el *estreñimiento*.

SEGURA durante el tratamiento la posibilidad de suprimir el *régimen lácteo*.

CONQUISTÓ un gran premio del Jurado Médico de la Exposición de Higiene de 1919.

APARECE en absoluto de sabor y es completamente *inofensivo*.

INCOMPARABLEMENTE más barato que otros productos análogos porque REFUNDE a todo el aparato digestivo plena salud con breve tratamiento.

DOCTORES españoles y alemanes, especialistas, han recomendado con vivo interés a los más notables Profesores de la facultad de Berlin el uso y estudio clínico del Neutrácido Español.

ARRABARA V. acertadamente iniciando hoy mismo su tratamiento con este sin igual remedio que vencerá rápidamente su padecimiento digestivo por grave o antiguo que sea.

Frasco: 6 pesetas.

ESPAÑOL

Solicite usted del concesionario exclusivo, D. José Marín Galán, Arjona, 4 Sevilla, un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.

LA BUENA DIGESTION ES LA FUENTE DE LA SALUD



V. TIENE UN PESO EN EL ESTOMAGO

Sus digestiones son largas y dolorosas
V siente mareos vertigos ardores
Todas estas enfermedades desaparecen por el uso regularizado del

DIGESTIVO *Jost* EN PEQUEÑOS SELLOS
ES EL REY
contra todas las enfermedades del estomago

DIGESTIVO

Jost

ASEGURA

UNA BUENA DIGESTIÓN
Y CURA TODAS LAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

EN CAJAS DE { Un sello 0,30
12 sellos 3.00

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESORES DE STEINFELDT-CALLE DEL PRADO 15-MADRID

PECHOS

DESARROLLO, BELLEZA y ENDURECIMIENTO EN DOS MESES con

PILDORAS CIRCASIANAS

Dr. Brun. Inofensivas. Aprobado por eminencias médicas. 132 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pias. frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; ZARAGOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; GRANADA, Ocaña; SAN SEBASTIAN, Elzaurdy, Tornero; MURCIA, Selquer; VIGO, Carrascal; MALLORCA, «Centro farmacéutico»; ALICANTE, Aznar; CORUÑA, Rey; SANTANDER, Sotorrio; SEVILLA, Espinar; VALLADOLID, Llano; BILBAO, Barandiarán; HABANA, Sarrá; TRINIDAD, Bastida; PANAMA, «Farmacia Central»; CIENFUEGOS, «Cosmopolita»; CARACAS, Dabolin; QUITO, Ortiz; MANAGUA, Guerrero; BARRANQUI L.A. Acosta-Madledo; PUERTO RICO J. Combas Peypork; MANILA, Juan Gaspar, Mendoza, 150.-Mandando 6'50 pesetas s llos a Pousarrex, Viladomat, 104, Apartado 481, BARCELONA, remítese reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito.
DESCONFIAD DE IMITACIONES



FABRICA DE CORBATAS

Camisas, guantes,
géneros de punto.

Elegancia, Surtido y Economía.

12, CAPELLANES, 12

Precio fijo.

SOMBREROS

—: REFORMO :—

LIMPIO —: TIÑO

Valverde, 3.

"METAL"

112 WATT

Gas ARGON

Lámparas de 25 y 32 bujías

y

todas intensidades. 1 watio y 112 watio

PROBADLAS si es que no las usáis ya. Las preferiréis a todas las extranjeras y nacionales, Pe-
didias en todas partes

y Puerta del Sol, 1.

